

Controversias cristológicas en la iglesia primitiva

UN ENSAYO ESCRITO POR

Coleman Ford

DEFINICIÓN

Estudia la doctrina de Cristo y analiza cómo se desarrolló su comprensión en los primeros siglos de la iglesia.

SUMARIO

Este ensayo realiza un estudio del desarrollo de la comprensión de la doctrina cristiana de Cristo en los primeros siglos de la iglesia cristiana y concluye con algunas reflexiones para el cristiano de hoy.

Introducción

Cuando Jesús preguntó a los apóstoles quién pensaban que Él era, Pedro declaró que Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios (Mt 16:15-16). La declaración de Pedro representa la creencia de la Iglesia y sostiene que Jesús es divino y humano. Hasta hoy existe un notable nivel de acuerdo entre los católicos romanos, ortodoxos orientales y las iglesias protestantes cuando se trata de la persona de Jesucristo. Una mayor comprensión de esta confesión bíblica, sobre la doble naturaleza de Jesucristo, creció a medida que los pensadores de la Iglesia primitiva se vieron obligados a responder a opiniones erróneas que no se alineaban con esa fe entregada a los santos de una vez por todas (Jud 3). Si bien la confesión de la divinidad y la humanidad de Cristo es fundamental para la fe cristiana, la doctrina cristológica se desarrolló por causa de varias enseñanzas erróneas que surgieron desde los primeros días de la Iglesia. La mejor manera de resumir la cristología de la Iglesia primitiva es afirmar el testimonio apostólico, el desarrollo de la tradición y el vocabulario ortodoxo. Los primeros cristianos proclamaron a Cristo como Señor basándose en el testimonio bíblico (enseñanza apostólica) que se reafirmó en sus escritos, adoración y testimonio en el mundo.

Ebionismo y docetismo

Las primeras controversias cristológicas en la iglesia primitiva incluyen el ebionismo y el docetismo. Los ebionitas, cuyo líder fue identificado como Ebion por varios heresiólogos e historiadores tempranos (por ejemplo, Ireneo, *Contra las herejías* 1.26.1-2, 5.1.3; Eusebio, *Historia eclesiástica*, 3.27.2), fueron un tipo de secta judía que existieron a finales del primer siglo y principios del segundo. Mantuvieron la autoridad de la Biblia hebrea y, por lo tanto, se aferraron a la necesidad de observar la ley mosaica. Argumentaron que Dios adoptó a Jesús en su bautismo, rechazando así su preexistencia y concepción virginal.

Un falso maestro llamado Cerinto (50-100 d. C.) propuso una opinión similar a finales del siglo I y principios del segundo. Vivía en Asia Menor y fue considerado herético por los primeros Padres de la Iglesia (por ejemplo, Ireneo, *Contra las herejías* 1.26.1; Hipólito de Roma, *Refutación* 7.21; Eusebio, *Historia eclesiástica* 3,28—35, 7.25.3). Según estas fuentes, Cerinto negó el nacimiento virginal, enseñó que Jesús era un humano normal que era extremadamente sabio y que el Espíritu de Cristo lo empoderó en su bautismo. Parecía afirmar muchas facetas de una cosmología gnóstica en la que el mundo estaba hecho por un ser menor, que Jesús hablaba de un dios supremo desconocido anteriormente y que la ley judía fue creada por ese ser menor.

Otro error cristológico temprano que surgió dentro de la iglesia fue el docetismo, que desafió el testimonio bíblico de la plena humanidad de Cristo. El apóstol Juan advirtió contra este error, señalando que algunos se negaron a reconocer «que Jesucristo ha venido en la carne» (1 Jn 4:1-3). Ignacio de Antioquía (110 d. C.) advirtió igualmente contra esta opinión errónea cuando advierte a la iglesia de Éfeso «no escuches a nadie a menos que hable sinceramente de Jesucristo» (*Carta de Ignacio de Antioquía a los Efesios* 6:2). Ignacio afirmó que Jesús era «carne y espíritu, nacido y no nacido, Dios en el hombre, verdadera vida en la muerte, tanto de María como de Dios, primero sujeto al sufrimiento y luego más allá» (*Ignacio a los Efesios* 7:2). No había razón para sufrir por Jesús, como habían hecho los apóstoles y mártires, si Jesús tampoco había sufrido en carne y hueso.

Gnosticismo

Otro desafío importante para el testimonio bíblico de Jesucristo fue el complejo sistema del gnosticismo. Aunque tenía numerosos elementos relacionados con la filosofía platónica, también estaba muy influenciado por elementos teológicos judíos y cristianos. Gran parte del sistema gnóstico buscaba unir material bíblico con su compleja cosmología. Los textos gnósticos, que dicen ser de las manos de los apóstoles, comenzaron a aparecer en el siglo II, siendo quizás el más famoso el Evangelio de Tomás. Otros textos gnósticos, adheridos a nombres bíblicos, promovieron la cosmogonía gnóstica de varias maneras mientras estaban envueltas de lenguaje bíblico. La tendencia general era negar la bondad del orden creado y enfatizar una salvación exclusivamente espiritual. Cristo era un salvador que vino a aportar conocimiento (*gnosis*) de esta salvación espiritual, dado solo a unos pocos selectos. Los mayores defensores del gnosticismo en la iglesia primitiva fueron Valentino de Roma (Siglo II) y Marción de Sinope (mediados del Siglo II). Marción era miembro de la iglesia de Roma y comenzó a enseñar que el Dios del Antiguo Testamento era realmente el demiurgo (dios menor) de la cosmología gnóstica. Era un dios vengativo, malvado y, por lo tanto, lo que creó también fue malvado. En cambio, el dios del Nuevo Testamento era un dios espiritual amoroso que envió a Jesús para demostrar el camino del amor y la paz y la verdadera salvación. Marcion editó la biblia, desestimó por completo el Antiguo Testamento y conservó solo los fragmentos sonantes no judíos del Nuevo Testamento. Fue excomulgado de la iglesia de Roma y comenzó una iglesia rival, que siguió floreciendo durante algún tiempo después.

Tanto Ireneo (130-202 d. C.) como Tertuliano (155-240 d. C.) proporcionaron defensas extensas de la cristología bíblica frente a la herejía marcionista. Ireneo respondió a la herejía gnóstica centrándose en la naturaleza fundamental del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento como obra del único Dios verdadero. El Espíritu Santo había dado conocimiento perfecto a los autores humanos de los diversos libros de las Escrituras y, por lo tanto, no podían proclamar errores (*Contra las herejías* 3.1.1). Las Escrituras son un todo armonioso, según Ireneo. Él afirma: “Todas las Escrituras, que Dios nos ha dado, serán perfectamente coherentes... y a través de las numerosas declaraciones diversificadas (de las Escrituras) se escuchará una melodía armoniosa en nosotros, alabando en himnos que Dios creó todas las cosas” (*Contra las herejías* 3.5.1). Para Ireneo y la iglesia primitiva, toda la Escritura debe utilizarse para entender la obra redentora de Dios. El mero hecho de juntar ciertos textos para que se ajusten a una teología particular nunca puede producir la “bella imagen del rey”, sino que produce una imagen distorsionada de “un perro o un zorro” (*Contra las herejías* 1.8.1). Contrariamente a los gnósticos que distinguieron entre Cristo — un ser de origen celestial— y Jesús —el hombre terrenal—, Ireneo declaró que “Jesucristo es uno y el mismo”, expresión que posteriormente se incorporó a la definición calcedónica (*Contra las herejías* 3.16.2; 3.17.4). Tertuliano, asimismo, aborda el error de Marción en su uso de las Escrituras. Marción adultera el evangelio al no reconocer que Jesucristo es el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento (*Contra Marción* 4.1). Utilizando el libro de Lucas, el único Evangelio que Marción acepta, aunque en forma editada, Tertuliano demuestra el error de Marción de dividir a Dios, Cristo y las Escrituras (*Contra Marción* 4.5).

Monarquianismo dinámico y modalista

Los dos errores del monarquianismo surgieron en los siglos II y III, pero no eran un sistema monolítico. El énfasis común era la unidad de Dios (gr. *monarchia*) en detrimento de la personalidad de Dios. Aunque había diferencias entre los teólogos monárquicos, había dos formas predominantes: el adopcionismo y el modalismo. Teodoto de Bizancio (finales del siglo II) —llamado “el curtidor” o “zapatero”— enseñó que el Padre y el Hijo eran distintos, pero Jesús, siendo un hombre excepcionalmente virtuoso, se convirtió en el hijo de Dios mediante la adopción en su bautismo. El término “dinámico” proviene del vocablo griego *dinamis* (poder) para describir los medios por los que Jesús se convirtió en el Hijo de Dios. Theodoto llevó sus puntos de vista a la iglesia de Roma y pronto fue excomulgado, aunque su enseñanza continuó a través de otros en los siglos III. Pablo de Samosata (de mediados a finales del siglo III) era el más frecuente de los adopcionistas.

Noetus de Esmirna (de mediados a finales del siglo III) y Sabelio de Roma (de principios a mediados del tercer siglo) fueron los dos pensadores modalistas principales en los siglos II y III. Creían que el Padre, el Hijo y el Espíritu no eran personas distintas, sino de diferentes formas o modos de actuar del único Dios. Estos pensadores y sus seguidores trataron de defender la unidad de Dios y la divinidad de Cristo, pero creían que afirmar al Padre y al Hijo como una distinta cantidad equivalía a un bi-teísmo. Al hacerlo, negaron el papel y la personalidad únicos de cada miembro de la divinidad para priorizar la monarquía, o unidad, de Dios. El Hijo era simplemente un modo de apariencia. Tertuliano proporcionó una defensa exhaustiva contra estos puntos de vista erróneos. Resumió la enseñanza de un modalista que Tertuliano identificó como Praxeas (de mediados a finales del siglo III) diciendo que “puso en fuga al Paracleto y crucificó al Padre” (*Contra las herejías*, 1). En su respuesta, Tertuliano desarrolló una gramática trinitaria para la iglesia occidental. Según Tertuliano, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres personas (*personae*) “no en condiciones, sino en grado, no en sustancia, sino en forma, no en poder, sino en aspecto; sin embargo, de una sustancia, y de una condición, y de un poder” (*Contra las Herejías*, 2).

Arrianismo

En el siglo IV surgieron numerosos errores cristológicos que requirieron una amplia defensa de los líderes cristianos. El primer error importante fue el arrianismo. Arrio (256—336 d. C.), presbítero de Alejandría, comenzó a enseñar en 313 que el Hijo fue creado en lugar de ser el Hijo eterno igual a Dios. Según Arrio y sus seguidores, Jesús era un ser creado, no ontológicamente (esencia y ser) igual al Padre. Para ayudar a difundir esta enseñanza, incluso escribió canciones que incorporaban su creencia sobre Cristo diciendo: “Hubo un momento en que no lo estaba”. La Iglesia abordó este error en el Concilio de Nicea de 325, un consejo llamado por el emperador Constantino (272-337 d. C.). Declararon que Jesús es “engendrado no hecho”, “luz de la luz”, “Dios verdadero de Dios verdadero” y “de un ser (o esencia) con el Padre”, utilizando la palabra *homoousias* (gr. *homo*: “mismo” y *ousia*: “sustancia” = “consustancial” o “de la misma sustancia”) para describir la relación de esencia entre el Hijo y el Padre. Esta palabra acuñada por Tertuliano, aunque no figura en las Escrituras, se utilizó para expresar la relación bíblica revelada en las Escrituras y denunciar la visión no bíblica de los arrianos. El arrianismo adoptaría muchas formas después de la declaración nicena, y los grupos afirmarían una doctrina similar a la de Arrio, mientras trataban de evitar el error real en sí. Algunos grupos afirmaron al Hijo como *homoiousios* (gr., “de sustancia similar”). Dependiendo del emperador reinante, el arrianismo y las doctrinas afines recibieron una audiencia más favorable. Esto explica cómo los líderes de la iglesia que defendieron enérgicamente la ortodoxia nicena, como Atanasio de Alejandría, cayeron en repetidas ocasiones en favor de las autoridades. En un momento dado, la doctrina arriana había invadido la iglesia hasta el punto de que Jerónimo (347-420 d. C.) escribió más tarde: “El mundo entero gimió y se maravilló al encontrarse a sí mismo como arriano”.

Apolinarianismo

Apolinar de Laodicea (390 d. C.) creía que al asumir la naturaleza humana, el *Logos* (la Palabra) se unió únicamente a un cuerpo. Tan ansioso estaba por evitar el error arriano y enfatizar la deidad de Cristo y la unidad de su persona que negó la humanidad de Jesús o lo negó como alma humana. El alma fue reemplazada por la Palabra divina o *Logos*. Jesús, en otras palabras, no era un ser humano común. Gregorio de Nacianceno (329—390 d. C.) abordó este tema y lo relacionó con la herejía del docetismo, afirmando que —en este punto de vista— la carne de Cristo era simplemente “un fantasma más que una realidad” (Carta 102). Si le faltaba alma, por lo tanto mente y voluntad, entonces no es apropiado llamar hombre a Cristo. Gregorio sostuvo en otros lugares que “si Cristo tiene alma y, sin embargo, no tiene mente humana, ¿cómo es el hombre, porque el hombre no es un animal sin sentido?... ¿Cómo se relaciona esto conmigo? Porque la deidad unida a la carne por sí sola no es hombre” (Carta 101). Para Gregorio, el apolinarianismo solo ofrecía una salvación parcial, porque el Salvador solo era parcialmente un hombre. Así, las conclusiones doctrinales del apolinarianismo fueron condenadas en el Consejo de Constantinopla (381 d. C.), donde los líderes de la iglesia también ratificaron las declaraciones y formulaciones doctrinales de Nicea hechas más de cincuenta años antes.

Nestorianismo

A principios del siglo V, Nestorio de Constantinopla (386-450 d. C.) enseñó que Jesucristo era en realidad dos personas distintas. Nestorio luchó por afirmar el título tradicional de María como *theotokos* (“portadora de Dios”), ya que parecía negar las cualidades humanas de Cristo. Le costó concebir cómo podía ser que Dios hubiera nacido de un humano, o que Dios sufriera y muriera. Por lo tanto, el nestorianismo planteó que en Cristo había tanto la persona humana como la persona divina, pero que cada uno operaba de forma independiente. En un momento dado, Él sería la persona divina trabajando y en otro momento sería la humana. De esta manera, los nestorianos intentaron tratar con las Escrituras que hablaban tanto de las características divinas de Cristo como de las humanas.

Cirilo de Alejandría (375-444 d. C.) abordó el error teológico del nestorianismo y sus efectos. Afirmó que en la encarnación “las dos naturalezas que se unen en una verdadera unión, hay un Cristo y un Hijo”, conservando también sus características respectivas (*Cuarta carta de Cirilo a Nestorio*). Según Cirilo, el eterno Hijo de Dios adoptó y se unió personalmente a una naturaleza humana, tanto en cuerpo como en alma. Las enseñanzas de Cirilo influirían en el Concilio de Éfeso en 431 para denunciar el nestorianismo como herético, afirmando así a la única persona de Cristo.

Eutiquianismo

Enseñanzas del monje Eutico de Constantinopla (380-456 d. C.), el eutiquianismo combina las dos naturalezas en una sola naturaleza. El término oficial para este error teológico era monofisismo. Eutico creía que ambas naturalezas existían antes de la encarnación, pero tras el nacimiento de Cristo, solo había una naturaleza. Según Eutico, la naturaleza humana era una mera apariencia, que se remonta a las opiniones expresadas por los docetas. Esta naturaleza lo hizo diferente de los demás humanos. Así, en el Concilio de Calcedonia de 451, los dirigentes religiosos reunidos afirmaron las dos naturalezas de Cristo (gr., *henofysitismo* o *miafysitismo*) con las dos unidas “sin confusión, sin cambios, sin división, sin separación”. Aunque este consejo tuvo lugar en la parte oriental del imperio romano, León de Roma (400-461 d. C.) proporciona un resumen de la tradición latina de la cristología, conocida como *Tomo de León*. Este Tomo fue un tema de debate en Calcedonia, pero se convirtió en la formulación doctrinal aceptada para la persona de Cristo y sus dos naturalezas.

Cristología post-calcedonia

El Concilio de Calcedonia resultó ser un gran paso hacia la definición de la cristología para la Iglesia, pero no resolvió todas las tensiones. Un motivo de preocupación fue la afirmación de Calcedonia de que el Hijo asumió una naturaleza humana, pero no una persona humana. Esta formulación tenía por objeto combatir el adopcionismo y negar que Jesús hubiera existido como hombre aparte de la encarnación, pero algunos cuestionaron si esta afirmación legitimaba el nestorianismo. Para el Segundo Concilio de Constantinopla (553 d. C.), llamado por el emperador Justiniano I para aclarar la definición Calcedonia y unir iglesias, el *henofisismo* se había alistado como la forma más aclaradora de describir la relación de las dos naturalezas de Cristo con su única persona. La afirmación de Constantinopla aclaró varios aspectos de la cristología: 1) Cristo era personal, como hombre, en virtud de la unión de la naturaleza humana en la persona del Hijo eterno; 2) La encarnación es un acto dinámico por parte de la persona del Hijo, pero en relación y acción trina; 3) La naturaleza del Cristo hombre era la misma que cualquier otro ser humano en su condición no caída, excepto la existencia personal independiente aparte del Hijo; 4) el Hijo es capaz de vivir una vida totalmente humana y divina; 5) La *imago dei* sustenta el concepto de *henofisismo*. Aunque siempre han existido desafíos a la cristología ortodoxa, la Iglesia sigue confiando en la doctrina de Cristo derivada de las Escrituras y afianzada en los primeros siglos de la Iglesia.

Consideraciones para los cristianos evangélicos

Los cristianos tienen hoy mucho que considerar y apreciar cuando se trata del asentamiento cristológico determinado en la Iglesia primitiva. En primer lugar, la persona y la obra de Jesucristo tienen efectos de gran alcance. La iglesia primitiva defendió la doctrina de Cristo tan enérgicamente porque el evangelio y la salvación en sí estaban en juego. Solo un Salvador que sea verdaderamente Dios y verdaderamente hombre puede asegurar la salvación de la humanidad. En segundo lugar, es necesario un lenguaje claro e inequívoco para la discusión y formulaciones doctrinales. Esto no significa que comprendamos plenamente todas las facetas de la naturaleza de Dios y su obra redentora, pero ciertamente importa que pensemos con claridad y proporcionemos un lenguaje significativo para la Iglesia. Esto afecta todo, desde la enseñanza hasta la adoración, la evangelización y el discipulado uno a uno. En tercer lugar, los cristianos deben seguir mostrando gracia, pero deben ser firmes en materia de cristología. De nuevo, no se pueden discernir todos los misterios de Cristo, pero no debemos doblegarnos cuando se desafía la doctrina de primer orden y bíblicamente ortodoxa sobre la persona y la obra de Cristo. Por lo tanto, es erróneo cualquier otro sistema de fe que afirme un lugar para Jesús, pero que no lo reconozca como plenamente Dios y plenamente hombre según las Escrituras. Por último, a través del ministerio de enseñanza, adoración y discipulado de la Iglesia, los cristianos deberían aprender qué significa pensar, hablar y adorar más fielmente al Dios que se hizo carne en nuestro nombre para rescatarnos y redimirnos del pecado. El resultado final de la cristología es la humilde adoración a Dios y un aumento de la alegría en el creyente.

Publicado originalmente en *The Gospel Coalition*. Traducido por Sol Acuña Flores.

Este ensayo es parte de la serie *Concise Theology* (Teología concisa). Todas las opiniones expresadas en este ensayo pertenecen al autor. Este ensayo está disponible gratuitamente bajo la licencia [Creative Commons con Attribution-ShareAlike](https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/us/) (CC BY-SA 3.0 US), lo que permite a los usuarios compartirlo en otros medios/formatos y adaptar/traducir el contenido siempre que haya un enlace de atribución, indicación de cambios, y se aplique la misma licencia de *Creative Commons* a ese material. Si estás interesado en traducir nuestro contenido o estás interesado en unirte a nuestra comunidad de traductores, [comunícate con nosotros](#).

LECTURAS ADICIONALES

- “Arius, Arianism”, Chalcedon, Council of,” “Ephesus, Council of,” “Nestorius/Nestorianism,” and “Nicaea, Council of,” *Evangelical Dictionary of Theology*, 3rd (Baker Academic, 2017).
- Christopher A. Hall, *Learning Theology with the Church Fathers* (IVP Academic, 2002)
- Justin Holcomb, *Know the Heretics* (Zondervan, 2014)
- J. N.D. Kelly, *Early Christian Doctrines*, rev. ed. (HarperCollins, 1978)
- Richard A. Norris, ed. *The Christological Controversy* (Sources of Early Christian Thought) (Fortress Press, 1980)
- Jaroslav Pelikan, *The Christian Tradition: A History of the Development of Doctrine, Vol. 1: The Emergence of the Catholic Tradition (100-600)* (University of Chicago Press, 1975)
- Robert Louis Wilken, *The Spirit of Early Christian Thought: Seeking the Face of God* (Yale University Press, 2005)